

SEGUNDO DOMINGO DE ADVIENTO

6 de diciembre de 1998.

Mateo 3, 1-12

1.- *Juan el Bautista.* La integridad de Juan Bautista pero, sobre todo, la gracia de su misión, lo habilitan para un libre ejercicio del profetismo. Nadie se atreve a discutir a Juan, ni a argumentar en contra de su contundente predicación. Hombres como él no callan, dicen lo que deben y no dejan de decirlo porque incomode y cuestione. Es significativo que los tradicionales prejuiciados, como los escribas y fariseos, también acudan a recibir el bautismo de penitencia que administra Juan. De todas maneras lo califica duramente, como lo hará Jesús. Sería de utilidad hacer una descripción psicológica de aquellos hombres para interpretar la severidad de las expresiones de Jesús y de Juan. Según los comentaristas, las fuertes expresiones de Juan son dirigidas a todo el pueblo, a un pueblo que se manifiesta reacio a rendirse al misterio del Mesías de Dios. Aquellos dirigentes sintetizan el rechazo, hasta que la Resurrección los acorrala entre la verdad y su negativa a aceptarla. El llamado a la conversión resuena, desde su protagonismo en la preparación de la llegada de Jesús, como un reclamo trascendente de la verdad. La Verdad es una, se encarna en Cristo, pero se la enfrenta en sus legítimas expresiones históricas: los patriarcas y profetas. Por Ella mueren, en un testimonio valiente, muchos de ellos,

incluido Juan. Quien es la perfección de ese profetismo, Jesús, no se exime de ese final trágico.

2.- *Ofrecer el perdón de Dios.* El lenguaje de Juan, heredero del tradicional lenguaje profético, precursor del empleado por Jesús, no puede ser tildado en la extensa lista de las ideologías y tendencias políticas. Lo anima otro espíritu, el de una misión divina de incuestionable universalidad. Si se lo mal entiende, a través de una utilización sectaria y mezquina, se lo traiciona. La palabra del profeta auténtico es vehículo de un llamado de Dios, para la salvación, de ninguna manera para el juicio y la condena de nadie. El mismo Jesús lo manifiesta: “*no he venido a juzgar sino a salvar*”. En este año de la misericordia del Padre, su extraordinario esplendor debe alentar las actitudes de quienes encarnan el profetismo de Jesús. Debemos ofrecer el perdón de Dios. Pero, como es lógico en toda catequesis sacramental, invitaremos a la confesión de los pecados, precedida por un sincero examen de conciencia de cara a la verdad. ¡Qué bien se camina cuando el corazón es aliviado de la carga de los propios pecados! La visión se aclara y, lógicamente, la verdad aparece sin distorsiones; las decisiones para un cambio profundo adquieren el vigor nuevo de la gracia que procede del misterio humano divino de Jesucristo. El Adviento, que nos presenta la Palabra, para que se celebre en la vida de cada uno, es un ámbito de renovación, que no exime de las

exigencias de despojo y confianza que todo cambio sustancial requiere.

3.- *Humildad y ubicación.* Juan es un hombre ubicado. No se viste con las ropas de otro, posee las suyas, de una pobreza y austeridad estremecedoras. Es modelo de predisposición a la gracia y al perdón. No imagina lo que no es. No tolera que se lo confunda con el Mesías y se dedica estrictamente a cumplir su propia y subordinada misión de precursor. Intuye que es Dios mismo quien lo sucederá y cumplirá perfecta y definitivamente lo que él ha iniciado con su severo llamado a la penitencia y a la conversión: “*Yo los bautizo con agua para que se conviertan; pero aquel que viene detrás de mí es más poderoso que yo, y yo ni siquiera soy digno de quitarla las sandalias. Él los bautizará en el Espíritu Santo y en el fuego*”.¹ Hoy la Iglesia presenta a ese mayor que Juan, anunciado y proféticamente señalado entre los silenciosos penitentes. Presentar es *hacer presente* y, de tal manera vivo, que ofrece la vida a quienes se dispongan a creer en Él. Las virtudes cristianas constituyen una verdadera plenificación de las virtudes humanas. La *humildad*, a la que nos hemos referido tantas veces, es la mejor versión de la *ubicación*. Con mucha frecuencia escuchamos calificar a ciertos comportamientos sociales como verdaderas *desubicaciones*, y lo son. Basta escuchar lo que se dice, con total desparpajo, y la forma de dirigirse, de algunos insólitos personajes, a sus semejantes,

¹ Mateo 3, 11

sin medir la dignidad y respeto debido a las personas. Yo mismo guardo en mi memoria algunas anécdotas que me han dejado sin la posibilidad de una respuesta razonable y civilizada.

4.- *Ejemplar reconocimiento de Cristo.* Juan es el modelo, precursor también de Quien es el mayor, de la fidelidad a la Verdad, de la cercanía sencilla a todos, de la austeridad en el movimiento de obediencia al Padre, de la dedicación generosa a la misión profética, hasta el don sin reservas de la vida. Es presentado como un protagonista notable del Adviento. La Iglesia se anima a celebrar esta liturgia penitencial ilustrada por la palabra y los gestos del Bautista. Jesús no quiere alejarse de su Precursor, reconoce en él una pieza clave del acontecimiento que Él culmina. “*Es el más grande nacido de mujer*”, afirma ante quienes quieran escucharlo, incluso arriesgando que lo acerquen demasiado a su propia figura de Mesías. No obstante asegura que: “*el más pequeño en el Reino, es más grande que él*”, señalando la supremacía del Reino sobre toda aproximación a él, por más extraordinaria que sea. Juan deja de manifiesto que la Verdad no es invento del más lúcido sino un don que hay que acoger, también en el trabajo de buscarla, y aceptar su terrena formulación. Su reconocimiento de Cristo “*el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo*”, es ejemplar. Es el primero, después de María y José, que lo identifica y lo sabe definir en su extraordinaria misión reconciliadora.

5.- *Se intenta politizar nuestra prédica.* Juan abre el camino a una humanidad que recibe al Mesías. La salud, recuperación de la perdida por causa del pecado, domina a la nueva humanidad. El hombre austero y fiel sigue preparando los caminos del Señor. Su predicación hace referencia a la proclamación de la Buena Nueva. Es un pedagogo que conduce al encuentro de Quien es la Verdad. El mundo, éste nuestro, sigue necesitando su laboriosa tarea de Precursor. Por ello la Iglesia lo recuerda, reaviva su fuerte llamado a la conversión e imita su honestidad para que el encuentro con Cristo se produzca. A veces me pregunto si el lenguaje persuasivo de Pablo y los Apóstoles no marca un nuevo profetismo que, sin diferir de la severidad del Bautista, recoge la mansedumbre y dulzura del Maestro Divino. Me sorprende el equilibrio de la predicación apostólica. En ella se transparenta la bondad del Pastor auténtico que ofrece su vida, en la valiente enseñanza y en el silencio elocuente. ¿Cómo hacerlo ahora, en esta realidad poblada de innumerables intereses confusos y mezquinos? Los Pastores padecemos diversos tipos de presiones. Algunas personas y grupos intentan politizar nuestra prédica con artimañas sutiles y planteos mentirosos. Los desafíos tienden, quizás sin saberlo quienes los presentan, a debilitar la fuerza y eficacia evangelizadora de nuestro ministerio. Necesitamos contemplar a Juan el Bautista en los pasos siguientes del ministerio profético de Cristo y de los Apóstoles.